

Pruebas de ensayo en José Saramago

Ramón Rubinat Parellada

“Un effet contractuel historiquement variable”. De este modo define, Philippe Lejeune¹, el concepto de ‘autobiografía’ y resuelve, por tanto, la problemática que se deriva de la delimitación genérica. Con el *Ensayo sobre la ceguera*², de José Saramago, se produce, también, un problema de género que puede abordarse desde dos puntos de vista. Dado que por extensión y desarrollo, escapa a las características del ensayo, únicamente podremos considerarlo así, si partimos del propio título y, al igual que Lejeune, suponemos un contrato implícito entre el escritor y el lector que residiría en lo estipulado en ese mismo título.

La otra vía consistiría en discriminar los distintos registros que, de una forma manifiesta, aparecen a lo largo del libro. Tenemos, por un lado, un registro coloquial, que se corresponde con la discursividad y el desarrollo argumental y, por otro, un registro más asertivo y sentencioso con el que el autor expone contenidos ideológicos. Esta dualidad se distingue sin dificultades y los personajes, en ocasiones, acentúan todavía más el contraste: “Dejaos de charla inútil, dijo la chica de las gafas oscuras” (231)³. Esa “charla inútil”, que se expresa muchas veces en forma de máximas y, otras, en forma de reflexiones, conforma una línea de pensamiento, con una evidente autonomía y un desarrollo paralelo al de la anécdota.

A continuación se presentará y comentará una selección de citas que responden a ese registro sentencioso al que nos referíamos y que, tomadas en su conjunto, constituyen lo que “de ensayo” tiene este *Ensayo sobre la ceguera*, de Saramago.

¹ Lejeune, Philippe, *Le pacte autobiographique*, Éditions du Seuil, Paris, 1975, p. 45

² Saramago, José, *Ensayo sobre la ceguera*, Alfaguara, Madrid, 1996

³ Todas las citas se acompañarán del número de la página en que se localizan.

El libro describe las reacciones de la gente en medio de una epidemia incontrolada de ceguera. Tan sólo la mujer de un médico (médico oculista) conservará la vista; una vista que dejará de ser un privilegio (“Si pudieras ver tú lo que yo estoy obligada a ver, querrías ser ciego” [157]) y se convertirá en testimonio de una degradación: “no podéis saber qué es tener ojos en un mundo de ciegos, no soy reina, no, soy simplemente la que ha nacido para ver el horror, vosotros lo sentís, yo lo siento y, además, lo veo” (313-4).

Con el advenimiento de la epidemia empieza un proceso de cambio, de carácter iniciático, genésico: “al principio fue el caos, las personas, con miedo a quedarse ciegas y desprotegidas, acudieron a los bancos para retirar su dinero” (303). Se reescribe, efectivamente, el génesis porque, en realidad, se trata de un inicio radical. El primer camino que emprende el hombre es el de la animalidad: hacer las necesidades en público (“Hay muchas maneras de convertirse en un animal, pensó, y ésta es sólo la primera” [112]); hacer el amor en público (“empezaron a oírse unos jadeos (...) Puercos, son como cerdos. No eran puercos, sólo un hombre ciego y una mujer ciega que probablemente nunca sabrían uno del otro más que esto” [112]);⁴ arrastrarse por el suelo (“unos cuantos ciegos avanzando a gatas, de narices casi contra el suelo, como gorrinos” [120]); para protegerse (“Se mantienen juntos, apretados, como un rebaño, ninguno quiere ser la oveja perdida, porque de antemano saben que no habrá pastor para buscarlos” [249]); para alimentarse (“después me he acostumbrado a la carne cruda” [281]). La única resistencia posible reside en conservar la dignidad: “lo fundamental es que no nos perdamos el respeto a nosotros mismos” (127).

La mujer del médico es la testigo principal de la degeneración (“Estos ciegos, si no les ayudamos, no tardarán en convertirse en animales, peor aún, en animales ciegos” [156]); lo que en realidad sucede es que “tendría que quedarse ciega ella también para comprender que una persona se acostumbra a todo, especialmente si ha dejado de ser persona” (257-8). Pero eso no ocurrirá; Saramago conservará la vista de la mujer del médico para establecer una serie de dualidades que le interesan especialmente. La animalidad reina en todos los niveles (“habían sido abandonados los laboratorios, donde no le quedaba a las bacterias más solución, si querían sobrevivir, que devorarse entre sí” [276]) y de ahí se llega al escepticismo: “ninguno de nosotros, candiles, perros o

⁴ Como puede observarse, el autor no separa los diálogos. Utiliza, para indicarlos, el cambio directo a la mayúscula pero los presenta en “texto corrido”.

humanos, sabe, al principio, todo aquello para lo que venimos al mundo” [311]).

Los hombres se convierten en perros (“podía haberles privado de víveres para siempre, como es justo que ocurra con quien osa morder la mano que le da de comer” [189]) y los perros pasan a actuar como humanos: “lo malo es que este perro se ha aproximado tanto a los humanos que va a acabar sufriendo como ellos” (353); efectivamente, se produce un proceso de personificación: “No nos diga que las gallinas y los conejos comen carne, los conejos aún no pero las gallinas, a éstas les encanta⁵, los animales son como las personas, se acostumbran a todo” (282); en otras ocasiones, la relación se formula explícitamente: “el perro de lágrimas había bajado también, era uno más” (290); los animales son los hombres de antaño, se produce una “iniciación” de los animales a la cultura inversamente proporcional a la “iniciación” a la locura de los hombres (“hasta los animales, antes domésticos, han aprendido a desconfiar de las caricias, ahora cazan en grupo, y en grupo se defienden de ser cazados” [298]).

Desde el punto de vista léxico, encontramos dos aspectos a destacar: por un lado, la impropiedad en el uso del verbo “ver”, que produce un efecto más grotesco que irónico y, por otro, el uso de ciertas expresiones en las que aparece la palabra “ciego”; éstas últimas sí están más connotadas de ironía. Entre las del primer grupo, tenemos: “Verás, eso pasará” (18), “El médico te curará, ya verás, Ya veré” (19), “Mire, ciego, le voy a decir una cosa” (78), “Bien vistas, las cosas no están mal del todo” (126), “es preciso reconocer que las autoridades tuvieron vista” (126), “seguro que no queda nadie que no haya estado a la vista de un ciego” (128) —ésta última raya el sarcasmo—, “Ya ven, quién iba a pensar...” (157), “Una vergüenza, ciegos contra ciegos, nunca pensé que viviría para ver una cosa así” (160), “Hasta la vista, chicas” (209) —dicha, ésta, después de violarlas—, “el viejo de la venda negra, que había visto cómo su táctica...” (237), “No veo que solución más se podrá encontrar” (331), “no hay más que ver aquí, dijo el médico” (339), etc. Todas podrían resumirse en la siguiente: “Pero una epidemia de ceguera es algo que nunca se ha visto” (42).

Por lo que respecta a las expresiones, encontramos todo el abanico de tópicos: “no voy a recetarle nada, sería recetar a ciegas” (25), “El miedo ciega, dijo la chica de las gafas oscuras” (153), “no se podía decir que el reparto se hiciera a ojo” (158-9), “algún empujón, un sopapo a ciegas...” (159), “el amor,

⁵ La referencia a las gallinas hay que situarla en el universo cotidiano del autor. Recordemos que Saramago reside en Lanzarote, donde son habituales las pelcas de gallos.

que dicen que es ciego, tiene también su palabra que decir” (179), “había nudos sobrepuestos, ciegos,” (229), etc.

En relación directa con lo que acabamos de exponer, Saramago, basándose en la paradoja de que los ciegos “lo ven todo negro”, hace que sus ciegos, lo vean todo blanco: “Pero la ceguera no es así, dijo el otro, la ceguera dicen que es negra, Pues yo lo veo todo blanco” (11). De este modo, conjugando el no-ver y el ver, podrá llegar a la conclusión final de su obra: “no olvidemos que en la vida todo es relativo” (243), que irá reformulando en diversas ocasiones, expresándola con distintos términos, pero siempre refiriéndose a esa relatividad. La ambigüedad que nos lleva al relativismo aparecerá en otros pasajes: “El ciego había afirmado categóricamente que veía, salvado sea también el verbo, un color blanco” (32). Así, por oposición, resultará truculento que, momentos antes que el primer ciego recobre la vista, “el interior de sus párpados se le volvió oscuro” (368). En esos momentos, el ciego exclama: “Estoy ciego” (368). Por medio de un proceso de catacrexis, se logra la perspectiva, como en el juego de las “cajas chinas”: un ciego, que está ciego, que está ciego..., etc.

Todo este relativismo gravita alrededor de otra ambigüedad, que se plantea desde el principio, entre el ver y el no-ver. Se trata, en este caso, de otra pareja en conflicto: ojos/ceguera u ojos/vista: “Si, como dice, mis ojos están perfectos, por qué estoy ciego” (24). A partir de esta premisa empezará la reflexión sobre el sentido último de “ver”: “una fatiga infinita, unas ganas locas de involucrase en sí misma, los ojos, ah, sobre todo los ojos, vueltos hacia dentro, más, más, más, hasta poder alcanzar y observar el interior de su propio cerebro, allí donde la diferencia entre el ver y el no ver es invisible a simple vista” (184). Esa dualidad de dentro-fuera de uno mismo, se traslada, por extensión, al espacio físico: “Cómo está el mundo, preguntó el viejo de la venda negra, y la mujer del médico respondió, No hay diferencia entre fuera y dentro, entre aquí y allá, entre los pocos y los muchos, entre lo que hemos vivido y lo que vamos a tener que vivir” (276). Saramago nos ofrece la máxima definición de esta premisa: “El mundo está todo aquí dentro” (116). Por tanto, anulada la diferencia, relativizado el espacio y el propio ser, aprendemos que “ya éramos ciegos en el momento en que perdimos la vista, el miedo nos cegó, el miedo nos mantendrá ciegos.” (153).

En relación, también, con el tener ojos y, sobre todo, con tener “ojos para ver”, se producirá otra de las oposiciones que contribuyen a relativizarlo todo. El primer ciego se jacta de: “Yo, que me sentía tan satisfecho de no usar gafas, nunca las necesité” (13) y ahora es ciego. De todos modos, el autor procura, en

todo momento, no confundir la ceguera y la vista. Así, la chica sigue cuidándose la conjuntivitis: “No todas las gotas cayeron en los ojos, pero la conjuntivitis, así tan bien tratada, no tardará en curarse” (69), cosa que, efectivamente, ocurre: “Ya casi no tiene rastros de conjuntivitis, qué pena que no se lo pueda decir, con lo contenta que se pondría” (115). Esta oposición nos ofrecerá una de las imágenes más logradas y sobrecogedoras: “Los ojos ya estaban curados, pero ella no lo sabía” (184). La oposición ojos/vista obliga al autor a tener que precisar: “quien tuviera ojos para ver, comprobaría...” (219), o “tiempo remoto en que la gente tenía ojos para ver” (235). Una cosa es tener ojos y, otra, “tenerlos para ver”.

En este proceso de “iniciación” apreciamos una evolución en la valoración de lo estético. De los prejuicios sociales de la mujer del médico (“nadie que te vea pensará que estás ciego, no tenemos por qué andar contándoselo a la gente” [19]), y los complejos del niño (“Sí señor, la respuesta del niño salió con un tono de despecho, como si no le gustara que mencionasen su defecto físico” [57]), pasamos al aplastante argumento del ciego: “Nunca le pregunté por qué no llevaba un ojo de cristal en vez del parche (...) Se suele hacer por estética, además, es mucho más higiénico (...) sí señor, dígame entonces que pasaría hoy si todos los que están ahora ciegos hubiesen perdido, digo perdido materialmente, los dos ojos, de qué les serviría ahora andar con dos ojos de cristal, Realmente, no serviría de nada, Si acabamos todos ciegos, como parece que va a ocurrir, para qué queremos la estética (...) Probablemente, sólo en un mundo de ciegos serán las cosas lo que realmente son, dijo el médico, Y las personas, preguntó la chica de las gafas oscuras, Las personas también” (149). De ahí, se llega a la conclusión: “las apariencias engañan, y no es por el aspecto de la cara ni por la presteza del cuerpo por lo que se conoce la fuerza del corazón” (200).

Esa fuerza del corazón constituye una presencia de fondo en todo lo que ocurre. Encerrados en un manicomio (“Esto es una locura, Debe serlo, estamos en un manicomio” [53]), un grupo de ciegos se hace con los alimentos. A cambio de compartirlos, les comunican que les tendrán que pagar. Esta condición les lleva a plantarse un sistema de distribución, un orden social interno: “quien no quiera pagar, que no pague, está en su derecho, pero entonces no comerá, lo que no puede ser es que alguien esté alimentándose a costa de los otros, Daremos todos y lo daremos todo, dijo el médico, Y quien no tenga nada que dar, preguntó el dependiente de farmacia, Ése sí, comerá de lo que los otros le den, es justamente lo que alguien dijo, de cada uno según sus posibilidades, a cada uno según sus necesidades” (164-5). Se trata de un

discurso y una situación fácilmente extrapolables. El tirano subyuga: “Cada vez que reclames te quitaremos una caja, ahora largo de aquí, te llevas ésas, y da gracias a Dios por poder comer todavía” (171).

El tirano cumple perfectamente su condición: “Pasada una semana, los ciegos malvados mandaron aviso de que querían mujeres (...) Si no nos traen mujeres, no comen” (192). La frialdad de la explotación se manifiesta en el lenguaje; refiriéndose a las mujeres, el tirano considera que “La aplicación del método rotativo, presenta todas las ventajas y ningún inconveniente” (197). Saramago plantea una cuestión de provecho-individual/ provecho-colectivo. Si de una parte, tenemos que “Cada uno actúa de acuerdo con la moral que tiene” (196) y, por tanto, se da una opción individual (“Eso es una indecencia. En tu mano está no ser indecente, a partir de ahora no comas” [197]); por otra, la fuerza y la razón del grupo constituye, también, un argumento inexcusable: “Los otros no saben cuántas mujeres hay aquí, puede quedarse usted con la suya para su uso exclusivo que nosotros los alimentaremos, a usted y a ella, pero me gustaría saber cómo va a sentirse de dignidad después, cómo le va a saber el pan que le traigamos” (196). Por último, existe, también, una tercera vía: “Hay siempre alguien que propone una acción colectiva organizada, una masiva manifestación, presentando como argumento en su apoyo la tantas veces comprobada fuerza expansiva del número” (187-8). Se trataría, en este caso, de salvar la dignidad a cualquier precio: “al menos en un minuto estaríamos muertas (...) al menos tendríamos la mejor de las razones para estar ciegas” (205).

El autor maneja con soltura dos temas fundamentales del teatro y los “dramas de honor” del siglo XVII. Por un lado, el tema “numantino” del resistir hasta la muerte y, por otro, el tema de los abusos (en este caso sexuales) del poder, cuyo principal exponente es *Fuenteovejuna*, de Lope. Uno y otro tema aparecen en el libro. Las mujeres, igual que la Laurencia de Lope, serán arrebatadas y forzadas por quien ostenta el poder. En el caso de Saramago, la primera en vengarse será la propia mujer del médico: “De mi ceguera tú no sabes nada, Tú no eres ciega, a mí no me engañas, Quizá sea la más ciega de todos, maté y volveré a matar si es necesario” (220). Se produce, por efecto de la sangre, una sublevación colectiva: “Va a haber lucha, guerra, Los ciegos están siempre en guerra, siempre lo han estado, Volverás a matar, Sí, si es preciso, de esa ceguera ya nunca me libraré” (222). Se repiten, incluso, las mismas palabras que en *Fuenteovejuna*: “cayeron al suelo de cualquier manera y, todos a una ...” (236)⁶; en efecto, todos a una: “No irán sólo los hombres,

⁶ El subrayado es nuestro.

irán también las mujeres, volveremos al lugar donde nos humillaron para que nada quede de la humillación, para que podamos liberarnos de la misma manera que escupimos lo que dejaron en nuestra boca” (226). La simbiosis es total: “Hay todavía alguien empeñado en descubrir quién mató a aquel, o estamos de acuerdo en que la mano que degolló a ese hombre era la mano de todos nosotros, más exactamente, la mano de cada uno de nosotros” (226). A partir de aquí, se reproduce el gesto numantino de una sola voluntad (“La comida no ha venido, la comida no vendrá, vamos por la comida” [231]), en una lucha a muerte: “Quien va a morir está ya muerto y no lo sabe, Que hemos de morir es algo que sabemos desde que nacemos, Por eso, en cierto modo, es como si ya hubiéramos nacido muertos” (231).

Los ciegos, finalmente, recuperarán la comida. El poder del tirano se ha extinguido, “el gran error del ciego contable fue creer que bastaba apoderarse de la pistola para detentar el poder en el bolsillo (...) cada bala disparada es una fracción de autoridad que pierde, a ver qué acontece cuando la munición se le acabe. Así como el hábito no hace al monje, tampoco el cetro hace al rey” (240).

Los aspectos de organización de los ciegos, que trasuntan una verdadera reflexión sobre la organización social, plantean el problema de la propiedad privada, la colectividad y el gobierno. Este debate sociológico es una cuestión a la que Saramago acude de un modo recurrente. El autor parte de una premisa: “es hoy cuando tengo la responsabilidad, no mañana, si estoy ya ciega, Responsabilidad de qué, La responsabilidad de tener ojos cuando los otros los han perdido” (287). Existe, por tanto, una responsabilidad natural basada en la correcta percepción de la realidad. De todos modos, como siempre, Saramago presenta el lado más oscuro: “Habrá un gobierno, dijo el primer ciego, No lo creo, pero, en caso de que lo haya, será un gobierno de ciegos gobernando a ciegos, es decir, la nada pretendiendo organizar la nada, Entonces, no hay futuro, dijo el viejo de la venda negra, No sé si habrá futuro, de lo que ahora se trata es de cómo vamos a vivir este presente, Sin futuro, el presente no sirve para nada, es como si no existiese, Puede que la humanidad acabe consiguiendo vivir sin ojos, pero entonces dejará de ser la humanidad, el resultado, a la vista está, quién de nosotros sigue considerándose tan humano como creía ser antes, yo, por ejemplo, he matado a un hombre” (291). Ahora, una nueva situación precisa un orden nuevo: “ahora sí, lo que está naciendo es el auténtico sentir de los ciegos, y sólo estamos en el inicio, por ahora aún vivimos de la memoria de lo que sentíamos, no precisas tener ojos para saber cómo es hoy la vida, si a mi me dijese que un día mataría, lo tomaría como una ofensa, y he matado” (288).

Ante esa nueva situación existe, también, una postura disidente, anárquica: “el doctor tiene razón, aquí cada uno va a tirar por su lado” (59) y, en efecto, así sucede: “allí estaba el ansiado alimento, luego traerían el que les correspondía a ellos, de acuerdo con el reglamento, pero a la mierda el reglamento, nadie nos ve” (103). Si no hay un ojo que vea, no hay coacción y, sin coacción: “No tiene importancia, nadie me ve” (183). Los propios ciegos llegan a la misma conclusión: “No ha dado resultado, hubo quien se quedó con la barriga vacía, Y también hubo quien comió el doble, Es que dividimos mal, Si no hay respeto y disciplina siempre repartiremos mal” (118), que volverá a formularse en otras ocasiones: “Y es innegable que la recogida de tan grandes cantidades de comida y su distribución entre tantas bocas, debido a la falta de una organización adecuada y de una autoridad capaz de imponer la necesaria disciplina, dio origen a nuevas faltas de entendimiento” (136).

La solución consiste en apelar a una cierta solidaridad panteísta: “Hoy por tí, mañana por mí, nadie sabe lo que le espera, Tiene razón, quién me iba a decir a mí, cuando salí esta mañana de casa, que iba a ocurrirme una desgracia como ésta” (12). Así, resulta que: “Si no podemos confiar unos en otros, adónde vamos a parar, preguntaban unos, retóricamente, aunque llenos de razón” (123). Esta ayuda mutua se refiere al prójimo, pero a un prójimo cercano: “una regla no escrita, que el uso hizo nacer y convirtió luego en ley, manda que todas las cuestiones se resuelvan dentro de las salas en que se hayan suscitado, a ejemplo de lo que enseñaban los antiguos, cuya sabiduría nunca nos cansaremos de loar” (199). La formulación definitiva de esta idea se dará casi al final del libro: “lo malo es que no estemos organizados, debería haber una organización en cada casa, en cada calle, en cada barrio, Un gobierno, dijo la mujer, Una organización, el cuerpo también es un sistema organizado, está vivo mientras se mantiene organizado, la muerte no es más que el efecto de una desorganización” (336-7).

En relación directa con lo anteriormente expuesto, encontramos las ideas acerca de la propiedad. El ciego, sinónimo del que anda perdido, del que no tiene lugar, no tiene, por tanto, posesión de nada: “Aquí, la verdadera casa de cada uno es el sitio donde duerme” (74). En cualquier caso, aunque la tuviere, existe un orden de prioridades: “los coches aparecen abandonados en cualquier sitio donde el miedo haya sido más fuerte que el sentido de propiedad” (148). Y, como el miedo existe siempre: “los ciegos, por así decir, no tenemos nada a lo que podamos llamar nuestro, a no ser lo que llevamos encima” (255). La realidad conduce a una especie de estoicismo resignado: “Contentarse con lo que uno va teniendo es lo más natural cuando se está ciego” (332). Sólo

mediante la organización, mediante la idea de propiedad colectiva, el ciego asume, por la inercia del grupo, el concepto de “posesión”: “Esperar que volvieran (...) y echárseles encima para que aprendiesen a respetar el sagrado principio de la propiedad colectiva” (124). Entonces sí, entonces hay algo que merece la pena: “seamos capaces, al menos, de luchar por los derechos que son nuestros” (225). Así, la mujer del médico, junto a otras dos ciegas, podrá decir: “somos la única mujer con dos ojos y seis manos que hay en el mundo” (318).

La única excepción a la organización es el hambre. Cualquier grupo se mantendrá siempre y cuando el alimento no sea una cuestión de interés. Para pactar, primero hay que poder alimentarse: “tenemos que organizarnos, la cuestión, realmente, es la organización, primero la comida, después la organización (...) establecer reglas consensuadas” (126). Comer, vivir, es lo que nos hace ser humanos y, frente a eso, Saramago nos ofrece el lado oscuro y violento del propio hecho de subsistir: “En cierto modo, todo cuanto comemos es robado de la boca de los otros, y, si les robamos demasiado acabamos causando su muerte, en el fondo, todos somos más o menos asesinos” (358). Igual que el ver y el no-ver, vivir y morir, actuar como humanos o animales no es una cuestión de opuestos sino una dualidad ambigua en la que sólo varían los matices.

Otro aspecto que el autor detalla de una manera magistral es el enfrentamiento del hombre (el ciego) con el dolor y la barbarie. Utiliza frases cortas, lacónicas, desesperadas: “Tampoco la muerte se pega, y todos nos morimos” (45). A veces actúan a modo de augurios: “Sería horrible, un mundo todo de ciegos, No quiero ni imaginarlo” (67). El horror se impone a las reservas: “No quiero creer que esté ocurriendo esto, va contra toda regla de humanidad, Mejor es que lo creas, porque nunca te has encontrado ante una verdad tan evidente” (78). A medida que se desarrolla la acción, la percepción del caos va en aumento: “Pues yo empiezo a pensar que no hay límites para lo malo, para el mal” (168). Así, el dolor llega a redimir el carácter negativo de la ceguera: “se preguntaba a sí misma, De qué me sirve ver. Le servía para saber del horror más de lo que hubiera podido imaginar alguna vez, le servía para desear estar ciega, nada más que para eso” (176).

La maldad y el caos provocan en los ciegos una doble reacción: por un lado, una especie de superación personal (“Las mujeres resucitan unas en otras, las honradas resucitan en las putas, las putas resucitan en las honradas, dijo la chica de las gafas oscuras” [234]) y, por otro, un espectáculo sobrecogedor: “qué terribles son los gritos de los ciegos, parece que están gritando sin saber por qué” (236). El final es el abatimiento, la derrota: “está visto que aquí nadie

puede salvarse, la ceguera también es esto, vivir en un mundo donde se ha acabado la esperanza” (240). Saramago nos la ofrece en su aspecto más crudo: “No llores, qué otras palabras se pueden decir, las lágrimas qué sentido tienen cuando el mundo ha perdido todo su sentido” (283). De la derrota a la muerte: “lo que pienso es que estamos ya muertos, estamos ciegos porque estamos muertos, o, si prefieres que te lo diga de otra manera, estamos muertos porque estamos ciegos, da lo mismo” (287). La conclusión es el vacío, una despersonalización del hombre que lleva a un nihilismo esencial: “dentro de nosotros hay algo que no tiene nombre, esa cosa es lo que somos” (314); o bien: “Un ciego, respondió la voz, sólo un ciego, eso es lo que hay aquí” (153); somos, únicamente, voces (“Los ciegos no necesitan nombre, yo soy esta voz que tengo” [330]).

Otra pareja de opuestos, que circula, también, a lo largo del relato, es la conciencia del bien y del mal (“no me preguntéis qué es el bien y qué es el mal, lo sabíamos cada vez que actuábamos en el tiempo en que la ceguera era un excepción, lo cierto y lo equivocado son sólo modos diferentes de entender nuestra relación con los demás” [313]). El bien y el mal se relacionan directamente con el ser y el parecer: “La conciencia moral, a la que tantos insensatos han ofendido y de la que muchos más han renegado, es cosa que existe y existió siempre (...) hicimos de los ojos una especie de espejos vueltos hacia dentro, con el resultado, muchas veces, de que acababan mostrando sin reserva lo que estábamos tratando de negar con la boca” (27). Esta dualidad traslada el debate al ámbito de la religión y de los símbolos, en donde actúa, también, la fuerza devastadora de la relatividad: “vemos cómo se invierte el orden de las cosas, un símbolo que casi siempre fue de muerte se convierte en señal de vida, Hay manos capaces de éstos y de mayores prodigios” (346).

Como ya se ha apuntado en otras ocasiones, la ambigüedad conduce al estoicismo y, en última instancia, al agnosticismo. En esta sociedad de ciegos, se profanarán las imágenes sagradas (“todas las imágenes de la Iglesia tenían los ojos vendados” [361]) y, siguiendo la metodología de invertir los papeles, resultará que es el sacerdote “quien cubrió los ojos de las imágenes (...) el más radicalmente humano, el que vino aquí para decir al fin que Dios no merece ver” (363). De esta manera, Saramago cierra el círculo de responsabilidades. El ojo que todo lo ve, no debería tener esa capacidad (recordemos que, en numerosas ocasiones, los ciegos apelan a los que tienen “ojos para ver”). Dios aparece estático, inerte, como si estuviera muerto (o ciego), completamente irresponsable (recordemos que la responsabilidad consiste en: “tener ojos cuando los otros los han perdido” [287]). La dejadez de Dios tiene su correlato

en la situación del doctor (“Lo mejor sería que usted, doctor, fuera el responsable, al fin y al cabo es médico” [59]), que se ve impotente. Las “autoridades competentes” no dan la talla en el momento en que se precisa de ellas. Por tanto, el único camino posible es el del ejercicio individual de la responsabilidad, por encima de todo (por encima, incluso, de Dios).

* * *

Este rosario de citas podríamos decir que constituye los momentos en que Saramago habla “por encima de la anécdota”. Consideramos que, tomadas en su conjunto, constituyen un corpus no muy extenso (adecuado a la extensión de un ensayo), que trata un único tema (la relatividad de todo), de un modo personal (se trata, en muchos casos, de una voz introspectiva) y no lo agota en sus conclusiones (el autor realiza, únicamente, pequeñas calas). Todo ello, a nuestro parecer, es lo que de algún modo mantiene al *Ensayo sobre la ceguera* en los parámetros genéricos del ensayo.

Metodológicamente, el autor se vale de un grupo de opuestos (ver/ no-ver, ojo/ vista, ser/ parecer, etc.) a los que somete a un proceso de intensificación, por medio de la catacresis, para situarlos en los extremos de su significación. Un ejemplo de lo que estamos apuntando lo encontramos en la siguiente cita:

fue capaz de recordar lo que Homero escribió en la *Iliada*, poema de la muerte y el sufrimiento sobre cualquier otro. Un médico, sólo por sí, vale por varios hombres (39).

Esta cita se sitúa en las primeras páginas del libro pero su significación adquiere mayor intensidad en la medida en que actúa como pórtico a toda la epidemia de ceguera. Es un augurio. La intensificación reside, en un primer nivel, en el hecho de que Homero era ciego y, en un segundo nivel, en la posible etimología de ‘Homero’, que significaría, también, ciego⁷. En otro orden de cosas, vemos que la cita se refiere a los médicos (que “valen por varios hombres”). A pesar de ello, nuestro médico no puede ejercer directamente esa responsabilidad; tendrá que ser “la mujer del médico” (perífrasis significativa) la que actúe. Por último, al igual que en la *Iliada* (“poema de muerte y sufrimiento”), nuestro *Ensayo...* no contempla la piedad y, al igual que en la *Iliada*: no hay nadie “bueno”.

⁷ Existe la teoría de que, en griego jónico, *‘ομηρος* significaba ‘ciego’.

Los procedimientos metafóricos son continuos. El “ciego del parche en el ojo” reúne todos los tópicos del ciego visionario (esto le sirve a Saramago para desarrollar alguna de esas dualidades ambiguas que ya hemos apuntado). Al igual que Tiresias (génesis del ciego sabio), el “viejo del parche en el ojo” es la voz que informa a sus compañeros: “con palabras suyas, resumía la información y la transmitía a los vecinos más próximos” (174). Al igual que Tiresias, que predijo la muerte de Narciso, el “viejo del parche en el ojo” augura el final de la estética: “Si acabamos todos ciegos, como parece que va a ocurrir, para qué queremos la estética” (149). El autor utiliza tópicos y personajes pero los intensifica, los coloca, siempre, en una posición extrema.

En la “mujer del médico” podemos identificar una serie de rasgos que tienen una significación última muy concreta. Se trata de un personaje que, desde la propia marginalidad de su identidad, irá asumiendo una altura moral que se caracterizará por una capacidad redentora, aliviando las máculas del pecado: “limpiar un poco esta suciedad insoportable del alma” (317). A pesar de la provisionalidad de la limpieza: “en menos de diez minutos ya estarán sucísimos los zapatos, es como todo en la vida” (275). La mujer del médico actúa capitalizando diferentes parcelas de significación: por un lado, es la “Madre Naturaleza”, que provee a sus hijos de alimento; por otro, es una “Madre Espiritual”, que les purifica el espíritu y, por último, es una “Madre Protectora”, que recrea la estructura social del matriarcado.

Como hemos visto en las citas, el autor pasa de la ironía al sarcasmo con toda naturalidad. En ocasiones, no obstante, el dramatismo raya lo sádico. Así, cuando uno de los soldados que custodian el manicomio indica a uno de los ciegos donde se encuentran las cajas de comida, Saramago aprovecha para reproducir el juego de la “gallina ciega”: “que te quemas, mierda, ya te dije que no te desviases, frío, frío, vas calentándote otra vez” (97). Como de costumbre, la mecánica consiste en llegar a los límites.

Un último límite es el concerniente a la justicia. Uno de los ciegos plantea su propia concepción de la justicia: “un bribón como éste, capaz de robarle a un ciego, se queja de que por mi culpa se quedó ciego, pues eso demuestra que todavía hay justicia en el mundo” (60). Pero el autor, partiendo de la anécdota, trasladará el debate a un nivel más elevado, al debate de las ideas. Como ya hemos visto, las imágenes de la iglesia aparecen con los ojos tapados. Ley positiva y ley natural, por tanto, en una misma ceguera: la que consiste en el falso espejismo de la equidad; no ver, para no discriminar y, a su vez, la propia discriminación de una justicia ciega. Se trata, otra vez, del eterno juego de opuestos: ver/ no-ver... y un universo de matices.

En cualquier caso, Saramago no nos da una solución final. Se ha dedicado a deconstruir los tópicos, nos ha instalado en el escepticismo, nos ha sacudido las entrañas y nos deja con todas las puertas y ventanas abiertas... Supongo que ahora está en nuestras manos asomarnos a esas puertas y ventanas porque “es una gran verdad eso de que el peor ciego es el que no quiere ver” (339).